

CAPÍTULO IV. *De cómo, aunque los hombres tienen natural inclinación a Dios, no todos han sentido ser uno solo, por haber tenido muchas naciones ser muchos dioses; y cuáles los han imaginado y considerado los antiguos*



OR EL CAPÍTULO PASADO HEMOS VISTO cómo la adoración la-
tría y reverencia suprema se debe legítima y naturalmente
a Dios, que es señor de todas las cosas y a quien, por dere-
cho y justicia, se inclina el hombre; pero no porque sea esta
propensión e inclinación al hombre natural de reverenciar-
le y adorarle, por eso siguieron los hombres el conocimiento
de uno solo, sino que dejados llevar de su malicia, vinieron en desconoci-
miento de él, y por esta causa amontonaron infinidad de dioses. Por lo
cual hemos de ver y saber, en el capítulo presente, las opiniones en que se
dividieron los que quisieron buscar e investigar quién fuese este Dios, que
tanto se lleva tras sí a los hombres; y en qué cosas constituyeron su deidad
y cómo erraron en todo, por quererse fiar en su solo parecer, siguiendo el
atrevimiento de su corto juicio. Uno de los que quisieron poner en plática
esta materia fue Tales Milesio, que dijo ser Dios un entendimiento o ánimo
que del agua engendró todas las cosas; porque pareciéndole a este gen-
til, que sin humedad no se podía engendrar ninguna cosa, tuvo opinión ser
el agua principio de todas ellas. Pitágoras dijo ser Dios un ánimo esparcido
por todas las cosas de el mundo. Cleantes y Anaxímenes dijeron ser Dios
el aire, y que de él se engendraba todo, y que era inmenso e infinito y siem-
pre en movimiento, pareciéndoles a estos errados filósofos que sin aire y
respiración, ninguna cosa podía vivir. Anaxágoras, antes de éstos, y Xeno-
fanés dijeron ser Dios un entendimiento infinito, junto con todas las cosas.
Estraton dijo ser Dios la naturaleza. Crisipo, que el fuego. Macrobio y
Alcineo dijeron que el sol y luna y estrellas. Y Teodoncio, que la tierra.

Otros (que no menos errados iban que éstos) pensaron que el ánimo del
hombre era una partícula de la divinidad; que así resultaría de ella como
centella que salta de el carbón encendido; y fundados en esta razón pensa-
ron que el ánimo era Dios y que como de una centella grande saltan en el
aire otras pequeñas, así tenían que todos los efectos y fuerzas del ánimo
eran dioses; y si el efecto era activo, llamábanle dios, con nombre mascu-
lino, aplicado a hombres, y si era pasivo, diosa, con nombre de hembra; y
así, Tulio,¹ dice: que esta manera de dioses hecha e inventada de la razón
física la había tratado Cenón; y después la explicaron Cleantes y Crisipo,
diciendo que la fortaleza de Dios, derivada en el ánimo de el hombre fuerte,
se llamaba *Mars*; de este nombre, *Mars*, *Martis* porque la fortaleza anima
a los varones; y al amor de Dios llamaron Cupido; porque se deriva en el
ánimo del amante; y a la sabiduría, Minerva, derivada en el ánimo del
sabio; a la potencia generativa llamaron Venus, que era como vena de la

¹ Lib. 2. de Nat. Deor.

generación; y así fueron procediendo en los demás dioses, necios y disparatados, que según estas fábulas gentílicas, se derivaron de las fuerzas y afectos del ánimo.

Pero dado caso que estos hombres llevados de su desvariado discurso errasen en el conocimiento de Dios y se aprovecharan mal de la lumbre natural que les había puesto en el alma, para conocerle en el modo y manera que el entendimiento puede, obscura y confusamente, y siendo apartados de la gracia y llevados de su solo parecer, siguiesen este camino errado, hubo otros que diferenciándose de éstos y apartándose de parecer tan desatinado, metidos en el discurso de la razón, consideraron la milagrosa hechura y disposición del universo y la providencia y orden de la naturaleza, llamaron al que lo crió y hizo de nada, Dios,² como ya hemos visto en los capítulos pasados, refiriendo a Cicerón, el cual se ríe también de los que dijeron que el ánimo del hombre era Dios; y prueba lo contrario con decir que a ser Dios, no ignorara cosa, por ser una de sus condiciones tener entera noticia de todo; y vemos que es ignorantísimo el ánimo de el hombre; luego no es Dios. Y esto, la misma verdad lo enseña, aunque Cicerón no lo dijera; y Dios, según San Isidoro,³ quiere decir *temor*, como lo colige de la lengua griega, que pertenece propiamente a la Santísima Trinidad, Padre y Hijo y Espíritu Santo, como dice el mismo santo, a la cual Trinidad santísima se refiere y atribuye todo lo que de Dios se puede decir y notar y el temor de Dios es muy propio en los que le sirven y honran y reverencian. De donde se colige el yerro de los que tales dioses fingieron, y se conoce cuán poco vale el hombre sin Dios, pues sin su verdadero conocimiento, y no llevándolo por guía en todas las cosas, da de ojos en semejantes y tan perniciosos errores.

CAPÍTULO V. *Que trata de cuando tuvo principio la idolatría en el mundo; y de la maldad de los primeros hombres de aquel siglo antes de el Diluvio*



OSA ES CIERTA Y AVERIGUADA que el primer hijo que en la naturaleza humana se conoció engendrado y nacido de los primeros padres del mundo fue Caín, hombre (según nos lo dice la Sagrada Escritura) agreste y mal disciplinado, en el cual (como dice San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*) tuvo principio la maldad; y Josepho, en los libros de *Antigüedades*,¹ dice palabras harto encarecidas de él y de los suyos, que por serlo tanto las pondré formalmente. Caín (dice) era malísimo y no cuidaba de otra cosa sino de su solo interés, por el cual viéndose menos admitido a la gracia y amistad de Dios, por el poco caso que hizo de su

² Lib. 2. de Nat. Deor.

³ Lib. 7. Ethymol. cap. 1.

¹ Ioseph. lib. 1. c. 4.